

# La Pax Soviética

Por

Canis VENATICI  
Armada de Chile



EL DICCIONARIO de la Real Academia Española de la Lengua dice que la paz es una situación de "pública tranquilidad y quietud de los Estados, en contraposición a la guerra". Y para mantener la paz, los países hacen uso de la diplomacia para entenderse entre sí y solucionar —en ningún caso complicar— los problemas que pudieran presentarse en sus relaciones internacionales.

A su vez, los diplomáticos definen su actividad como "la aplicación de la inteligencia y el tacto en el manejo de las relaciones oficiales entre los gobiernos de los Estados independientes". Estas definiciones son relativamente ciertas y tratan de llevarse a la práctica en forma honesta en casi todos los países que no pertenecen al área bajo la influencia soviética. Ahora bien: estas mismas definiciones poco o ningún valor tienen cuando han de aplicarse en el campo de las relaciones entre los Estados no-comunistas y aquellos que lo son.

En lo formal, la política exterior soviética no difiere mayormente de su correspondiente occidental en todo aquello relacionado con la defensa de los intereses nacionales y de la soberanía del Estado. En lo que sí difiere, es que los

soviéticos utilizan su política exterior —haciendo uso de sus diplomáticos— como un apoyo vital para los movimientos revolucionarios que operan dentro de los países que no pertenecen al campo de influencia soviética.

Los ideólogos soviéticos han tenido siempre presente que la diplomacia es un medio más de combate en la lucha que sostienen contra el mundo no comunista y desde el primer instante, después de su instalación en el poder en 1917, comprendieron que la diplomacia occidental podía ser infiltrada y utilizada en beneficio propio.

La diplomacia soviética puede comprenderse mejor si se la considera como una forma de guerra no tradicional que se emplea para facilitar —desde el punto de vista soviético— el proceso histórico de la desintegración del mundo occidental. De modo mucho más simple: la política exterior soviética, la que se confunde con los objetivos del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), tiene como su más cara convicción la de que los países occidentales tendrán que sucumbir, más tarde o más temprano, ante los designios de Moscú. En estos términos, sería absurdo para los soviéticos mantener relaciones diplomáticas estables y duraderas con los países occidentales, las que, por lo demás, jamás

han sido veraces y honestas. La diplomacia soviética es un medio más, puesto al servicio del PCUS, para lograr el pronto derrumbe occidental.

La política exterior soviética está indisolublemente unida a la teoría marxista-leninista y no será posible entender a aquélla si no se conoce primero a ésta o, lo que es lo mismo, no es posible comprender la política exterior soviética sin el conocimiento previo de Marx, lo que explica por qué son tan pocos los diplomáticos occidentales que han llegado a comprenderla. Por otro lado, se sostiene —y con fundamento— que si la Unión Soviética sufriera un cambio político interno y radical, el comunismo perdería absolutamente toda su importancia como movimiento revolucionario mundial y no sobreviviría en ninguna parte del globo.

La teoría comunista de la lucha de clases sostiene sin cesar, según el concepto soviético, que mientras exista un Estado capitalista, habrá una lucha constante hasta lograr su aniquilación, y los representantes soviéticos en el exterior tendrán la obligación de contribuir a esta aniquilación de Occidente en provecho de la Unión Soviética.

Kruschev dijo en una ocasión:

"Algunas personas pueden enrostrarme que yo busco la lucha. Ciertamente, jamás hemos ocultado que hemos buscado y continuaremos buscando la lucha de ideas y principios. En el mundo contemporáneo se está librando una lucha muy dura entre dos ideologías: la socialista y la burguesa y en esta lucha no podrán haber jamás neutrales".

El axioma soviético de que "lo mío me pertenece y lo suyo podemos negociar" es la diferencia fundamental existente entre la diplomacia occidental y la comunista, porque esto nos lleva fatalmente a la cuestión de si los objetivos de la política exterior soviética son saciables o insaciables. Los soviéticos, desde los tiempos de Lenin, han trabajado para que todo el globo sea comunista, ante lo cual cabe razonar que no se sentirán satisfechos con algo menos que eso, por lo que creemos, sin ninguna duda, que la política exterior soviética es absolutamente insaciable. En estas condiciones, la diplomacia occi-

dental no tiene ninguna posibilidad de éxito frente a las demandas soviéticas si no las encara con la máxima energía.

El error occidental está en creer en que los soviéticos son primero imperialistas y después comunistas, cuando en realidad, una es sinónima de la otra. Hay algunos que sostienen que la teoría marxista-leninista es una fuerza que empuja con mucho vigor a la política exterior soviética y olvidamos, con mucha frecuencia, que todo acuerdo que se celebre con la Unión Soviética es considerado por ésta sólo como una coyuntura favorable mientras se formulan nuevas demandas a Occidente. Se estima, también, que la política exterior soviética será mantnida inflexiblemente... siempre que Moscú no estime que esa política será resistida con la fuerza. Esta corriente de opinión occidental considera que la manera más práctica de detener al imperialismo soviético es la de ejercer presión sobre él y no la de hacerle concesiones.

Ha sido algo común el desconcierto habido entre los diplomáticos occidentales, y esto se observa a diario en la prensa, al saber que los soviéticos siempre inician negociaciones sin tener ninguna intención de llegar a un acuerdo positivo. Y la amarga lección recibida ha sido siempre la misma: los soviéticos utilizan estas negociaciones para dar zarpazos a Occidente si las condiciones se les dan propicias, usarlas como propaganda y también como fuentes de información para sus servicios de inteligencia.

Nos parece conveniente volver un poco atrás en la Historia y recordar algunos hechos, para que de este modo podamos comprender mejor el fondo y la forma de la política exterior soviética:

La ineptitud política de Alexander Kerensky al presidir el Gobierno Provisional Ruso, tras la caída de los zares en 1917, permitió que el audaz e irresponsable líder de la minoría bolchevique se hiciera con el Gobierno. Lenin, embriagado con el triunfo inesperado, creyó que esta victoria sería el inicio de una revolución mundial. Algo había de serio en este razonamiento, pues Europa venía saliendo del conflicto bélico de la Primera Guerra Mundial. Hubo un reordenamiento territorial forzoso en la Europa Central con todas sus calamidades

anexas: miseria, hambruna, paro obrero y una decepción general. Los países vencedores, Francia e Inglaterra, tampoco presentaban perspectivas más favorables. Tanto es así que el Gobierno de Su Majestad Británica encaró la situación de tal manera, que anuló las actividades comunistas de tipo revolucionario.

Las exageradas ambiciones de Lenin de implantar un orden comunista a nivel mundial, hicieron que se llegara a la creación de un organismo que tuviera a su cargo la diseminación de la teoría marxista-leninista en todo el mundo y en beneficio exclusivo de Moscú. En marzo de 1919, se funda la Tercera Internacional Comunista, más conocida por COMINTERN y todos los partidos comunistas extranjeros que participaron en su creación, fueron considerados desde un comienzo solamente como organismos auxiliares de los comunistas soviéticos. El programa del COMINTERN y su declaración de principios, sostenía la ruptura violenta del orden social, económico y político existente en el mundo. Además de luchar por la toma del poder político, sus estatutos daban a conocer un amplio sistema de medidas disolventes y revolucionarias para conquistarlo.

Era el más sofisticado organismo de guerra política y psicológica ideado por mentes humanas para aplastar a aquellas otras mentes que no estuvieran dispuestas a doblegarse ante las órdenes soviéticas. Todos los medios eran lícitos, fueran ya conferencias a través de personas "útiles", técnicas de infiltración y subversión, proliferación de las organizaciones de frente comunistas, marchas y organizaciones "pro-paz", etcétera.

El optimismo soviético llegó a tanto, que el COMINTERN alcanzó a vaticinar para el año 1920 el advenimiento de la "Gran República Internacional del Soviet". Para ello pensaban en que los norteamericanos estaban en el difícil proceso de desmilitarización de sus Fuerzas Armadas y que no tendrían interés en oponerse a los avances soviéticos. En ese año todo se confabuló para que los soviéticos se consolidaran en el poder. Los aliados estuvieron faltos de decisión y de objetivos en su política externa y la falta de un Mando unificado en las fuerzas militares rusas anti-marxistas duran-

te la guerra civil hizo todo para que los soviéticos pudieran imponerse. Algunos triunfos militares soviéticos en esta guerra los tentaron a imponer por la fuerza militar las bondades de su régimen en el exterior.

Experimentaron en Polonia y sufrieron el más grande de los fracasos, siendo derrotados militarmente y sin apelación alguna, en las afueras de Varsovia. Sin embargo, el peor enemigo que tuvieron los soviéticos fue su caótica política económica interna que los tuvo al borde del derrumbe total. Además, la Base Naval de Kronstadt, desde donde comenzó la revolución soviética en 1917, se subleva en 1921 contra los que los marinos denominaron "los usurpadores comunistas". Estos fracasos en el exterior y la incipiente descomposición interna, obligó a los comunistas a efectuar un rápido abandono de su pretendido plan de la revolución mundial. En lo interno, todo vestigio de oposición al régimen fue reprimido con la más brutal energía y para salvar de la hambruna al pueblo ruso, que no ha sido ni es comunista, hubo de volverse rápidamente al antiguo sistema de propiedad de las tierras del tiempo de los zares. La solución de la colectivización agrícola había sido un rotundo fracaso.

En estas condiciones, la política exterior soviética tuvo que fijar metas de cumplimiento inmediato: la protección del nuevo Estado soviético, hasta que éste se sintiera nuevamente con fuerzas para proseguir la lucha de la conquista mundial. Estas demoras en sus planes significaban, de hecho, que habría que implantar otros métodos y que los fines perseguidos justificarían el uso de cualquier medio. Era necesario fortalecer primeramente a la Unión Soviética para convertirla en la más firme base del comunismo mundial. Desde Moscú habrían de surgir las huestes entrenadas del comunismo y, para planificar su trabajo, habría un consejo de cerebros reunidos en el COMINTERN.

El fracaso militar en Polonia hizo ver a Lenin que su táctica había de ser modificada. A partir de 1921, se da primera prioridad a todas las formas no tradicionales de guerra conocidas hasta ese instante: guerra política, guerra psicológica, adiestramiento de cuadros, creación

de Frentes e incentivación de todas las personas "útiles". Había que "apaciguar" la situación externa de la Unión Soviética mediante el uso de un nuevo concepto: "espacio vital". Era necesario mantener o reanudar relaciones con las naciones occidentales, manteniendo cierta forma de "co-existencia pacífica", que no significara represalias militares en su contra. El "espacio vital" era su propio territorio físico y la "co-existencia pacífica", un nuevo estilo en política internacional.

Lenin sostuvo en aquel tiempo que:

"Las dificultades son inmensas. Pero ya estamos habituados a arrostrar tales situaciones. No en vano nuestros enemigos nos han tratado de duros como una roca, definiéndonos como exponentes de una política demoledora. Pero poseemos también, al menos en parte, otro arte que es fundamental para una revolución: la flexibilidad, vale decir, la habilidad para efectuar rápidos cambios de táctica, cuando las variaciones de las condiciones lo requieran, y estar capacitados para adoptar otros caminos para el logro de nuestros objetivos, cuando el camino anterior resulta inconveniente o irrealizable en un momento dado".

Esta flexibilidad iba a ser utilizada sin desmayo a través de todas las organizaciones comunistas y filo-comunistas. Su conducta política iba a variar desde un extremo pacífico e inocente hasta el extremo violento e inmoral, para conquistar a los que no eran comunistas. Todo acuerdo, concesión o participación con los no comunistas sería solamente un acto político circunstancial que respondería solamente a una debilidad momentánea de los soviéticos; pasada esta debilidad, se actuaría, sin contemplación alguna. Hechos recientes nos demuestran que en casi sesenta años los comunistas no han cambiado en lo más mínimo sus principios políticos.

La Unión Soviética prometió a los Estados extranjeros que sus relaciones diplomáticas se mantendrían sin infiltración comunista en el seno de esos Estados y Lenin, acto seguido, manifestó a sus partidarios que:

"... los inocentes capitalistas lo van a creer a pie juntillas. Hasta se sentirán tan satisfechos, que nos abrirán las puertas de par en par, y a través de ellas, los emisarios del COMINTERN y los servicios de inteligencia del partido se encargarán de infiltrarse rápidamente en esos países, aparentando ser nuestros representantes diplomáticos, culturales y comerciales".

Lenin tampoco olvidó de aconsejar a sus seguidores que:

"El decir la verdad es un prejuicio de mal burgués. Por otra parte, una mentira se justifica muchas veces por el fin perseguido. Los capitalistas del mundo entero y sus respectivos Gobiernos, en su afán de conquistar el mercado soviético, apartarán su mirada de dichas actividades, con lo cual se volverán ciegos, además de sordos y mudos".

A partir de 1921 los comunistas reciben orden de agruparse alrededor de los Frentes Unidos para así poder hacer sentir la influencia comunista a las "masas" mediante el establecimiento de objetivos adoptados en común con los socialistas, socialcristianos, socialdemócratas, sindicalistas y otras entidades no comunistas. Cada Frente Unido debía ajustarse, en su estructura, a la situación reinante en el país correspondiente.

Su tarea era descubrir, mediante la organización y la propaganda, un medio para superar la apatía de las masas trabajadoras; prepararlas, al menos, psicológica e ideológicamente y, de ser posible, organizarlas para la acción común. La propaganda debía ser sumamente hábil en la tarea de sembrar la agitación entre los grupos políticamente activos de los partidos socialdemocráticos y de los sindicatos afectos a su influencia. La agitación debía ocuparse, dentro de cada grupo y, principalmente, de las cuestiones económicas y políticas del país correspondiente, del alza del costo de la vida, del fascismo, de la represión, de la reforma agraria, de la reforma educacional, etc.

En estas tareas los diplomáticos soviéticos deberían prestar su apoyo más completo y, al mismo tiempo, controlar que los objetivos se fueran cumpliendo

según el programa ordenado por Moscú. De los Frentes Unidos, siempre de acuerdo con la flexibilidad soviética, se pasó rápidamente a los Frentes Populares, los que tuvieron gran auge al terminar los años treinta, pero cuyos resultados fueron desastrosos en los países en que alcanzaron a gobernar, incluyendo al nuestro.

La Política del Frente Popular conquistó para la Unión Soviética gran popularidad en todo el mundo, la que excedía en mucho a la que habían tenido hasta entonces. Es innegable que los soviéticos adquirieron mucho prestigio entre las democracias occidentales. Esta popularidad y prestigio de nuevo estilo, tuvieron múltiples aplicaciones. Lograron que la afiliación a las organizaciones de frente comunista en Europa y América, resultara mucho más aceptable. Facilitaron la colaboración de los partidos comunistas nativos con los partidos y grupos políticos no comunistas.

Sin embargo, la situación política mundial se había agravado hasta los extremos que hacía inevitable iniciar los preparativos para la guerra. Hitler adquiría poder y espacio en la Europa Central y había roto para siempre el precario equilibrio político existente en Europa. No había posibilidad alguna de encontrar soluciones pacíficas. Los puntos de vista de las Grandes Potencias habría que imponerlos por medio de la fuerza.

Stalin, excelente exponente de la flexibilidad, negoció un Pacto de no-agresión con Hitler y de furibundo antifascista se convirtió en aliado circunstancial de Alemania. Llegó a un acuerdo con los nazis y liberó a Hitler de la servidumbre de hacer la guerra en dos frentes; estipuló la división de Polonia entre los soviéticos y los alemanes; obtuvo la cesión de la Besarabia y convirtió a los Estados Bálticos, esto es, a Finlandia, Estonia, Lituania y Letonia, en Estados tributarios de los soviéticos. Al estallar la guerra, sus consecuencias se extendieron por todo el mundo y entre ellas, hubo una muy significativa: Moscú decretaba el cese de los Frentes Populares por no convenir a los intereses de la Unión Soviética. Había razones para suponer que el Tratado con Hitler y el consiguiente cisma en la política del Frente

Popular eran alternativas que resultaban benéficas para la política exterior soviética. La guerra que se entablaría entre Hitler y los anglo-franceses tendría un cariz análogo al de la Primera Guerra Mundial. Al cabo de algunos años de una guerra de desgaste, los nazis, los ingleses y los franceses, quedarían agotados, y la Unión Soviética se convertiría en árbitro de la diplomacia europea y, quizás, en amo absoluto de todo el continente Europeo.

Si se examina la situación imperante en agosto de 1939, se halla sobrada evidencia acerca de la verosimilitud en esta apreciación de Stalin. A la sazón, todo llevaba a pensar que una guerra europea sería larga y agotadora. El mismo Stalin quedó muy sorprendido e impresionado ante el repentino derrumbe de Francia. Las tácticas de propaganda de paz y del Frente Popular, desarrolladas en Francia de 1934 a 1939, habían ejercido una acción tan disolvente y doblegado en tal forma la voluntad de Francia para resistir, que la repentina caída de ésta encontró a los rusos tan poco preparados, como lo estaban sus aliados los ingleses. Juzgada bajo este enfoque, la estrategia de Stalin, al abandonar el Frente Popular en favor de la colaboración con Hitler, con el propósito de enseñorearse en su oportunidad de toda Europa, se torna bastante comprensible. Por otra parte, seguramente los comunistas se habían percatado del efecto producido en las mentalidades de las democracias occidentales, especialmente de los norteamericanos, del Frente Popular.

Stalin y sus asesores veían con tal desden a las democracias occidentales que seguramente habrán pensado que aún cuando Occidente sufriera una gran decepción a raíz del Pacto de no-agresión, llegaría un momento en que lo pasarían por alto. Ellos pensaban que si el Soviet modificaba de nuevo su línea de acción, no les resultaría muy difícil vencer una vez más a Occidente, acerca de sus sanas intenciones. Hitler provocó a Stalin una amarga sorpresa al invadir a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941.

El ataque emprendido contra la Unión Soviética, determinó una brusca enmien-

da en la política exterior de ésta, empuñándose entonces Stalin en granjearse el aval de las democracias occidentales. De inmediato cobraron vigencia muchos aspectos de la era de los Frentes Populares, y el 3 de julio de 1941, Stalin formuló un llamado para la formación de un "Frente Unido" contra el fascismo. Quizás para facilitar las gestiones, mediante las cuales las democracias occidentales iban a aportar su generosa ayuda a la Unión Soviética, Stalin decidió abolir el COMINTERN. Desde luego, él no podía ignorar que el COMINTERN era juzgado con bastante aprensión por Occidente.

En forma oficial, el COMINTERN fue disuelto completamente. Sin embargo, sus funciones se transfirieron al departamento de partidos extranjeros del Comité Central del PCUS. El trabajo del COMINTERN iba a proseguir, pero en adelante tendría lugar en forma clandestina, y los contactos entre el PCUS y los partidos comunistas diseminados por el mundo, se llevarían a cabo extraoficialmente. O, mejor todavía, los partidos comunistas del extranjero aparentarían hallarse desvinculados de Moscú. La disolución del COMINTERN vino precedida por la instalación de agencias de propaganda que fueron bien recibidas en medios que el COMINTERN jamás pudo abordar en circunstancias normales.

El 8 de mayo de 1945, al cesar el fuego en toda Europa, los pueblos de las democracias occidentales creían, casi en su totalidad, que las naciones retornarían rápidamente a las sendas de la paz.

Pero la diferencia entre las políticas exteriores de las democracias y la de los comunistas se halla configurada en sus respectivos conceptos sobre la paz.

Para Occidente, la paz se hace realidad a la finalización de la guerra; en cambio, para los comunistas, "paz" es el punto de partida de una guerra no declarada. Para Occidente, los desacuerdos entre las naciones en tiempos de paz, se resuelven mediante la discusión pacífica; para los comunistas, los desacuerdos internacionales se agudizan mediante la discusión. Así pues, en los albores de la paz de 1945, se daba co-

mienzo a un nuevo tipo de guerra no tradicional. Era este un conflicto de cierta intensidad en el que la propaganda, fluyendo a través de radioemisoras, servicios de inteligencia, manifestaciones populares, subversión y guerra de guerrillas, habría de difundirse a través de todo el orbe, tal como había ocurrido en épocas pasadas con los ejércitos. Este conflicto presentaba muchas caras: un día la política exterior soviética exaltaría la cooperación pacífica; al día siguiente, destacaría aprovisionamientos, propagandistas y agitadores para la ejecución de una operación de guerrillas "libertadoras".

Lo más característico de la lucha por la "paz" comunista eran las innumerables organizaciones de frentes, iniciadas en el período de post-guerra, y que partiendo del lema "Partidarios de la Paz", se extendían recorriendo un amplio espectro de miembros que incluía científicos, técnicos, médicos, abogados, periodistas, sacerdotes, sindicalistas, profesores, estudiantes, gente joven y gente madura.

Todo lo que ha ocurrido en el mundo, desde 1945 hasta el día de hoy, es ampliamente conocido y pensamos que no hay, en este caso, necesidad de repetir todos los abusos y atropellos cometidos por los soviéticos.

Hemos dejado para el final el examen de la palabra "paz" y lo que ella significa para los soviéticos y que nosotros debemos tener siempre presente para no dejarnos embaucar por sus ofertas de "co-existencia pacífica".

PAZ significa una situación de la política internacional, en la cual las naciones soberanas y sus respectivos pueblos viven entre sí en términos de respeto mutuo y sin hostilidad alguna.

PAZ para los soviéticos significa la condición —y únicamente esa— que prevalece entre los pueblos en los que el comunismo domina sin contrapeso la situación. En el resto del mundo, es decir, en el mundo no comunista, incluyendo por supuesto a nuestro país, reina un estado de continua lucha. Por consiguiente, la "paz mundial" no podrá implantarse hasta que todo el orbe sea en sí comunista. En tanto no llegue ese mo-

mento, según la doctrina marxista-leninista, se vivirá una inestable etapa que no será ni de paz ni de guerra, una etapa endeble y frágil de "co-existencia pacífica".

Con toda claridad y dentro de este contexto, la fórmula comunista de la "lucha por la paz" se convierte también en la lucha por el mundo, ante lo que no

nos cabe aceptar el menor entendimiento con los comunistas soviéticos. El comunista es un ser hipócrita y paciente en la obtención de sus objetivos y jamás deberemos tener la menor duda en alejarlo de nosotros.

No existe la posibilidad de diálogo con él. Es, simplemente, nuestro mortal enemigo.

